

CONDICION Y REVOLUCIONES

DE ALGUNAS

RAZAS ESPAÑOLAS,

Y ESPECIALMENTE DE LA

MOZARABE,

EN LA EDAD MEDIA.

Discurso leído por el Sr. Lafuente Alcántara en su
recepcion en la Real Academia de la Historia.



MADRID.

IMPRENTA DE EL FARO.

1847.

COLOMBIA Y NEOLITHO

1900

RAZAS ESPAÑOLAS

EXPOSICION

MOZAMBIQUE

EXPOSICION

EXPOSICION DE 1900



EXPOSICION

EXPOSICION DE 1900

1900

EXCMO. SR.:

AL revelar mi gratitud por la distincion con que se me ha honrado, recelo que mis palabras no correspondan á la gravedad de tan ilustre asamblea ni á la efusion de mi profundo reconocimiento. Al considerarme jóven aun, y adornado ya con un título que se logra solo tras una larga carrera de estudios y meditaciones, juzgo contraer un deber para lo sucesivo y no alcanzar un premio por lo pasado. Esta consideracion mia estriba en la realidad misma de vuestra benevolencia: al otorgarme el derecho de pisar este recinto y tomar parte en sabias deliberaciones, nace para mí el deber de perseverar en estudios históricos con aplicacion asidua; é imitar la puntualidad y el celo de cuantos me han precedido en esta corporacion literaria. Asi, acordando

para mí la misma lisonjera confianza, se me empeña en el caso de hacerme digno de tanta honra, y se crean estímulos en mi espíritu para aspirar al renombre que ya han alcanzado los hoy depositarios de las glorias históricas de España. No puede haber para ello un medio mas eficaz que la admision en el seno de la academia: en esta reunion esclarecida me será lícito tomar ejemplos, resolver mis dudas, escuchar consejos y adquirir un caudal de sana crítica y de provechosa doctrina.

Porque yo comprendo que no hay linaje de estudio que requiera tanta homogeneidad y tal conjunto á la vez de observaciones y de trabajos diferentes como el de la historia, y especialmente el de la de España. Los anales de otros pueblos brindan á su exámen y prestan una claridad de que carecen los nuestros: allí vemos aparecer sucesivamente razas que se elevan, brillan y amalgaman, que dominan y son dominadas á la vez; los sucesos se encadenan con cabal regularidad, y la pluma del historiador tiene trazada una senda cómoda, fuera de la cual ni puede ni debe distraerse. ¡Cuán diferentes son las leyes de nuestra historia! ¡Cuánta su dificultad! ¡Cuán prolija y laboriosa su composicion!

Las naciones de índole y de climas diversos que han venido á dirimir sus querellas en el suelo español rara vez han desaparecido por la fusion de los siglos. O las ha esterminado la guerra, ó se han lanzado á buscar en otras comarcas fortuna mas propicia. El mas leve bosquejo de nuestra historia basta para confirmar esta aseveracion. El fenicio huyó ante el rudo ibero armado

por la perfidia cartaginesa; los cartagineses sucumbieron ante la buena estrella de las legiones republicanas de Roma sin que nos queden otras reminiscencias de sus glorias que las hazañas de Anibal y de los Asdrúbal: los romanos, como puede verse en sus leyes, reconocieron los fueros de las primitivas razas españolas, y cuando llevaban por el trascurso de las edades bien adelantada la obra de una cumplida reconciliacion, perdióse el equilibrio que habia refrenado á la barbarie, y las tribus feroces del Norte sepultaron los vestigios de la civilizacion latina. Este acontecimiento ofrece mayor testimonio de aquella verdad: si recordamos la suerte de los pueblos errantes que se erigieron en señores y tiranos de nuestro suelo vemos á los alanos fenecer á hierro entre el Tajo y el Guadiana; á los vándalos terminar sus peregrinaciones devastadoras en las playas de Africa; á los silingos, dueños de Galicia, esterminarse entre si con insaciable encono y espiar con sus mismos desvarios los latrocinios y las crueldades con que habian afligido á los indígenas. Los godos fueron los únicos que lograron dominar con alguna estabilidad, no tanto por el rigor de sus armas como por el carácter de valedores y amigos de los pueblos abandonados á merced de aquellos extranjeros turbulentos y crueles.

No obstante los elementos de triunfo con que entraron en España las legiones de Ataulfo, su adhesion con las antiguas razas no pudo realizarse sin vencer gravísimos obstáculos. Una antipatía peligrosa fermentaba contra los dominadores, y, como puede verse en el código visogodo, fue necesario promulgar leyes autorizan-

do y declarando honrosos los enlaces de las familias góticas con las de estirpe española. Cuando la aplicación de esta ley comenzaba á estrechar los vínculos de union y á extinguir rencores hereditarios, una nueva raza vino á España, causó una revolucion inesperada, y empenó la lucha mas pertinaz y mas terrible de que pueden hacer mencion los anales de Europa. Los pendones musulmicos ondearon desde las playas de Gibraltar hasta las cimas del Pirineo; pero los árabes, dueños del pais, no lo fueron jamás del ánimo indomable de sus moradores. Esta inflexibilidad de espíritu explica el fenómeno que nunca, en ningun pais, bajo ningun clima vemos desarrollado; el de una antipatía alimentada con sangre y represalias durante 800 años, y legada de generacion en generacion como un emblema de gloria: no era solo la contrariedad de hábitos, de religion y de habla el obstáculo que impedia la reciproca union del pueblo cristiano y agareno; habia entre ambos un odio innato, un germen de orgullo y de aversion constante, una especie de fatalismo que repudiaba como impuro el maridaje de los hijos de Odin y de Ismael.

Este período histórico es cabalmente el que presta colorido especial á nuestros anales, y el que merece mas prolijas investigaciones. Las diversas facetas de la lucha entre los combatientes de la cruz y los sectarios de la media luna carecen de semejanza con los cuadros é imágenes que pueda presentar la historia de otros países: es un campo que mientras mas se explota descubre mayores y mas ricos tesoros. Las memorias, las

tradiciones, los documentos recónditos comprueban los rasgos de virtudes y de heroísmo que restauraron la monarquía hundida en las orillas del Guadalete : templos de formas severas, debidos á la piedad mas acrisolada, se elevan sobre los mismos campos de batalla en que la espada de Pelayo y del Cid refrenaba la audacia pavorosa del agareno. La historia de nuestras glorias está asi justificada en dos testimonios irrecusables; el de la narracion trasmitida á la posteridad por hombres de palabra sincera y conciencia pura, y el de los monumentos elevados para memoria de insignes hechos de armas en los arrebatos mas espontáneos de entusiasmo por la fe cristiana.

Falta sin embargo en estos claros anales la solucion de un hecho que se vislumbra confusamente, sin que haya sido posible disipar de una manera satisfactoria los errores y la incertidumbre que asaltan á la imaginacion sobre su realidad. ¿Cuál fue la condicion de la raza española bajo el dominio musulman? ¿Qué se hicieron las muchas familias cristianas avasalladas desde la orilla del Mediterráneo hasta los confines de las montañas cantábricas, donde el heroísmo quebrantaba el rigor de los ejércitos infieles? ¿Olvidaron acaso su fe, sus costumbres y el nombre de sus mayores? ¿Se confundieron con el aluvion de castas y tribus árabes que venian á buscar en España gloria y fortuna? Y si así fue, ¿cómo se esplica la continuacion de los mozárabes en Toledo hasta la entrada de Alonso VI, y la perdicion completa de estas gentes en Andalucía cuando San Fernando llevó á sus bellas comarcas banderas victoriosas?

Permitaseme, Excmo. Sr., formar de este asunto peregrino la materia de mi discurso: permitaseme ilustrar, no cual yo creo conveniente, sino cual alcancen mis débiles fuerzas, este nuevo episodio de nuestra historia: séame lícito apelar á la indulgencia de la Academia en el exámen de unos hechos que requieren vastísimo caudal de erudicion, esquisitas investigaciones, comparacion prolija de sucesos varios é inciertos.

La aparicion de los árabes y su inesperada victoria hirieron con suma vehemencia el espíritu de la gente española, y la hicieron postrarse y prestar vasallaje á los soldados de Muza. No faltaron sin embargo ánimos altivos que osaron empeñar luchas parciales y contener á los vencedores en su carrera de triunfo. Ecija, Córdoba, Mérida, los confines de Granada y Murcia fueron teatro de hazañas heróicas antes que la fortuna comenzara á mostrarse propicia á los restauradores entre las rocas y bosques de la costa cantábrica. Estos primeros amagos de resistencia inspiraron recelos y templanza á los caudillos musulmanes, y les obligaron á mostrarse con los moradores de condicion mas blanda y apacible que aquella con que la historia nos pinta á los terribles compañeros de Mahoma. Las tristísimas lamentaciones de Isidoro Pacense, y el estado de desolacion con que D. Rodrigo de Toledo y el rey Sábio nos pintan al territorio español en el periodo de la invasion sarracena, hacen mas honor á la espresion vigorosa de sus ánimos ofendidos que á la verosimilitud de sus narraciones prolijas. Tariff y Muza y sus inmediatos sucesores fueron demasiado prudentes para

anteponer los halagos de una política conciliadora al rigor y espanto de las armas. No fueron sus legiones hordas crueles, cuyo tránsito iba marcado por el incendio de campos y pueblos, por el asesinato y el pillaje, como suponen errados cronistas: á ser así la España se habria convertido en una vasta soledad, y la historia no hubiera trasmitido señal ni monumento alguno de las glorias que la raza oriental se granjeó en nuestro suelo. Las estipulaciones entre árabes y españoles que consignan y reconocen como fidedignas los anales de ambos pueblos, justifican que una discreta tolerancia proporcionó á los musulmanes conquistas mas fáciles y rápidas que el ímpetu de sus escuadrones. Es por lo tanto una vulgaridad suponer que los árabes impusieron á los españoles vencidos la alternativa de abrazar la fe musulmana ó sentir el golpe de la cimitarra: «No violentéis á los hombres en su creencia; la via de la perfeccion es diversa de la del error:» dijo Tariff á sus soldados despues de la gran batalla, y les exhortó á que respetaran la condicion de los pueblos que en ella acababa de desarmar.

No se crea sin embargo que los vencidos obtuvieron siempre dulzuras y contemplaciones: la condicion y fortuna de la raza cristiana varió segun los accidentes prósperos y adversos ocurridos á sus dominadores. En la primera época, cuando la conquista española dependia de la corte lejana de Damasco, los mozárabes (sin investigar ahora el origen de esta voz, tambien llamaremos así á los cristianos) vivieron en situacion meramente pasiva: los emires que ejercian la potestad de-

legada del califa les otorgaban proteccion y seguridad con arreglo á los tratados; pero exigian en cambio tributos y obvenciones indispensables para sostener el brillo de ejércitos conquistadores, y á veces tambien para satisfacer los estímulos de una avaricia vituperable. Los cristianos establecidos en el territorio dominado por los musulmanes mitigaban por lo tanto su servidumbre á precio de oro. Por este medio muchos obispos permanecieron en el gobierno de sus diócesis; el clero continuó en sus parroquias celebrando las ceremonias del culto católico; á los monjes fue permitido el ejercicio de sus reglas austeras, y hasta las modestas vírgenes del Señor, respetadas en sus claustros, siguieron elevando al cielo ruegos piadosos.

El célebre D. Rodrigo de Toledo, cuyo testimonio jamás fue parcial de los árabes, hace justicia á la tolerancia de sus enemigos cuando dice: *Qui in Hispaniis, servitutis barbaricæ elegerunt vivere sub tributo, permissi sunt uti lege et ecclesiasticis institutis et habere pontifices et ecclesiasticos sacerdotes, apud quos viguit officium Isidori et Leandri.*

Un emir célebre comenzó á pervertir las condiciones benignas á que vivian atemperados los cristianos. Ambiza, el mismo á quien nuestras crónicas primitivas retratan con los atributos de la fiereza y del terror, y los árabes representan como el tipo de la discrecion, del valor y de la clemencia, adoptó muy trascendentales reformas para sobreponer y engertar, por decirlo así, la raza árabe en el territorio español: sus decretos inauguraron una revolucion gravísima por su esencia y

no por sus accidentes belicosos: la influencia de la raza cristiana principió á decaer por los medios mismos que los romanos habian puesto en ejecucion durante el apogeo de sus conquistas, y que los godos adoptaron para afirmar su poderío. Este medio fue el de crear intereses, el de hacer dádivas que proporcionasen goces domésticos y crearan las afecciones de una nueva patria; en una palabra, el de repartir grandes porciones de territorio y otorgar derecho de dominio en ellas á las legiones que militaban bajo la enseña musulmana.

Estos primeros repartimientos, autorizados por Ambiza el año 725 de Jesucristo, tuvieron cierto carácter de equidad para no lastimar los intereses de los propietarios indígenas. Cuando los sarracenos invadieron y sujetaron la península, mucha parte de su superficie permanecía yerma, solitaria y desaprovechada: la poblacion, multiplicada bajo los auspicios de una larga paz durante el imperio, habia menguado considerablemente con el estrago de las correrías vandálicas y con las inquietudes y administracion depravada de los godos: así, praderas fértiles y abundantes en otros tiempos, habianse convertido en praderas de uso común, en dehesas abandonadas para pasto de ganados y abrigo de animales de caza. El emir Ambiza declaró propias del estado estas feraces tierras, y las distribuyó á sus tropas veteranas. Una feliz casualidad le proporcionó fondos mayores de recompensa. Muchas familias hebreas, establecidas de antiguo en España, abandonaron repentinamente sus casas y haciendas y emigraron al Oriente en busca de un impostor célebre

que se proclamó Redentor y Mesías de aquel pueblo crédulo. El sagaz Ambiza aplicó también á los suyos las fincas abandonadas sin vulnerar el dominio de legítimos poseedores. Estas innovaciones fueron el primero y mas feliz ensayo para hacer estable y arraigar la dominación agarena en nuestro suelo : soldados pobres y aventureros nacidos en desiertos lejanos se granjearon por este medio independencia y riqueza , gustaron el halago de los goces domésticos y adoptaron el nombre de españoles. Las hijas del país depusieron su aversión contra hombres que , aunque de linaje y hábito diversos , podían constituirse en padres de familia acomodados , y aceptaron sus enlaces ; y muchos cristianos , al considerar la largueza con que los árabes remuneraban la fidelidad y adhesión á su ley , interpusieron los instintos del interés á los estímulos de su conciencia. Estos enlaces crearon una especie de generación ó raza mestiza que los árabes puros miraron siempre con aversión y desprecio , y cuyo poder é influencia veremos después acrecentarse en grado eminente.

El segundo repartimiento de tierras , realizado entre disturbios y pasiones bastardas , tuvo un carácter de agresión y de despojo de que habia carecido el proyecto del inofensivo y prudente Ambiza. Husam Ben Dhirar el Kelbi , caudillo célebre en nuestras crónicas con el nombre de Abulkatar , fue el encargado de acallar con dádivas de territorio la ambición de tribus rivales y altaneras recién llegadas á nuestro suelo. Coincidió este suceso por los años 744 de nuestra era ; y así como los respetos y consideraciones de Ambiza crearon elemen-

tos de prosperidad y de union, las violencias de Husam provocaron la ira de la raza española y la hicieron aprestarse para la venganza.

Los primeros soldados musulmanes, que corrieron en triunfo casi toda la estension de la España, componíanse de voluntarios humildes oriundos de la Arabia y de aventureros bárbaros, reclutados en tierra africana y sometidos al rigor de la disciplina. Cuando la vejez y el cansancio hubo postrado á los primeros conquistadores sobrevinieron refuerzos organizados en los diversos países que reconocian el yugo musulman. Jóvenes del Egipto, de las montañas del Libano, de las praderas del Jordan, de las vastas llanuras de la Mesopotamia, hasta de los confines mismos de la Persia se alistaron con entusiasmo, y lo que parece esfuerzo increíble del vigor humano, hicieron largas y penosas jornadas por los confines del Africa septentrional, surcaron el estrecho y arribaron con sed de fortuna y de gloria á las playas de Tarifa. Cada legion venia acaudillada por un emir orgulloso y tremolaba enseña diferente. Señalábase, sin embargo, entre todas por su número y por la altivez de su caudillo Baleb la legion de Damasco, creada para servir de escolta y prestar aparato á los califas.

Estos refuerzos, solicitados con instancia por los gobernadores de España, ya para reponer las fuerzas gastadas de los veteranos, ya para vengar los reveses de Narbona y de Tours, y tambien para reprimir las correrías de D. Favila y D. Alonso el Católico, correspondieron indignamente á las esperanzas fundadas en su calidad y en su valor. En vez de correr al

peligro se entibiaron en fe y se adormecieron en ardimiento con las delicias y clima apacible de Andalucía, Murcia y Valencia : estacionados en estas dulces comarcas pidieron las mejores tierras con altanería ; y sobreponiéndose á los primeros colonos y humillando á los cristianos pacíficos provocaron discordias y revoluciones fatales. Los que tenían derechos adquiridos de antemano se opusieron al despojo que trataban de imponerles estos ambiciosos advenedizos ; el exceso de la violencia malquistó á los árabes ; la guerra estalló ; la gente cristiana , ignorante de los planes y triunfos de los monarcas restauradores , guerreó entonces en todo el ámbito de España , ya defendiendo á cuenta suya derechos propios , ya reforzando el bando enemigo con quien tenía intereses mancomunados.

Cabalmente para dirimir estas discordias fatales Husam Ben Dhirar el Kelbi, que á la sazón se hallaba en Africa , corrió á España , y para terminarlas satisfizo la ambición de los mas fuertes, constituyendo en victimas á los mas débiles, que eran los cristianos. Entonces fue cuando se instalaron las colonias, que segun los historiadores Ben Alabar y Al Kattib introdujeron en España las razas y linajes mas puros del Oriente.

Los damasquinos ocuparon las tierras mas feraces de Córdoba y Granada ; los egipcios se establecieron en Murcia , Estremadura y Portugal ; los de Emeso obtuvieron grandes territorios hácia Sevilla y Niebla ; los palestinos se fijaron en Ronda , Algeciras y Medina-Sidonia ; los persas poblaron á Huete ; los de

Calcis quedaron hácia Jaen : los de Jordan hácia Málaga y Archidona.

Tan arbitraria usurpacion agravió á la gente cristiana y despertó antipatías y resentimientos que no tardaron en estallar con furiosas hostilidades. No eran los bravos caudillos de los montañeses del Pirineo los que turbaban el sosiego de los árabes; no eran las correrías audaces de los A'onsos y Ramiros lo que les inspiraba mas sérios recelos, sino los enemigos domésticos, los cristianos ofendidos que vivian y conversaban con ellos. Los musulmanes españoles tenian en el centro mismo de su imperio un foco permanente de conspiraciones, y se veian inseguros y amenazados de levantamientos y venganzas. Esta inquietud les constituia en posicion muy débil, y esplica muchas de las victorias conseguidas por las fuerzas escasas de nuestros heroicos restauradores. Los mozárabes, ofendidos con los repartimientos de Husam, encomendaron á las armas la satisfaccion de los agravios que no les otorgaba la justicia; la guerra se encendió en Castilla y Aragon, en Portugal y Andalucia: las tribus orientales que acababan de soltar las armas para aplicarse á trabajos agricolas volaron al combate y sostuvieron una lucha que los cronistas árabes nos pintan terrible, pertinaz y sangrienta. Para mayor calamidad la raza musulmana se subdividió en bardos, hijos de la revolucion que por este mismo tiempo trastornó en Oriente la dinastía de los omiades. Los infortunios y las catástrofes se prolongaban en las bellas provincias españolas con la complicacion de dos guerras civiles sostenidas

por la antipatía de dos razas enemigas y por rivalidades é intereses opuestos de unos mismos sectarios.

Fue cabalmente en las agitaciones de este caos cuando arribó á España como un iris de paz Abderraman el Grande. La gloria y la sabiduría de este príncipe fueron una realidad de la que cada día se descubren mayores testimonios : célebres son sus novelescas aventuras ; conocida es la historia trágica del festin de Damasco, en el cual fueron pérfida y alevosamente asesinados 90 caballeros, los vástagos mas ilustres de su familia augusta ; la rara casualidad que le salvó del alcance de los matadores , sus disfraces , sus peligros, sus tristes peregrinaciones en el desierto y su resolución magnánima de elevar en España un trono que eclipsase la gloria del que rivales mas afortunados usurparon en el Oriente, parecen invenciones peregrinas de los siglos caballerescos mas bien que episodios verdaderos de la historia de España. Abderraman, sin embargo, es el héroe de su siglo; aparece á mayor altura que su rival y contemporáneo Carlo-Magno, porque superó mayores obstáculos y lidió con una fortuna mas adversa.

La conciliacion, ó al menos la tregua entre todas las razas que tenian revuelta y agitada á España , es uno de los resultados que mas ilustran la memoria del fundador del califato cordobes. La guerra terminó bajo sus auspicios; las facciones mas osadas se rindieron ante su valor; las mas indóciles se postraron ante su clemencia; y tolerante y benigno con todos extendió una general y simultánea proteccion. Los árabes , los mozárabes y los

mestizos vivieron durante el último periodo de su reinado en paz inalterable.

Los vínculos con que Abderraman habia procurado adherir los heterogéneos elementos de su imperio comenzaron á relajarse bajo el solio menos seguro de sus nietos; renacieron los ódios entre las castas enemigas; cada cual se proclamó la mas escelente y contó con fuerzas equilibradas para sostener su pretension. Las tribus sucesoras de los colonos pobladores componian una especie de raza aristocrática y altiva; jactábanse de ser descendientes de patriarcas sacrosantos, conservaban sus genealogias con esquisito esmero y vivian incomunicadas con la gente cristiana, á la cual suponian oriúnda de estirpe menos esclarecida é indigna de su alianza. Los mozárabes, que despreciaban como impía, ciega en el error y aborrecible á la raza musulmana, sentíanse agraviados con sus desdenes y humillados con la proteccion que sus protervos enemigos les concedian como de misericordia. Los escritos de los mozárabes ilustres que florecian en Córdoba durante el siglo IX nos revelan la condicion á que estaban sujetos los suyos bajo el imperio de los califas. El ejercicio del culto católico era permitido; los cristianos podian reparar sus templos; los religiosos de ambos sexos perseveraron en sus asilos y sometidos á la observancia de sus reglas; y aunque la multitud adoptó los vestidos orientales, el clero conservó las insignias de su clase. No era posible, sin embargo, inspirar á todos los individuos de las dos opuestas religiones los sentimientos de una tolerancia recíproca. Un celo escesivo precipitaba á algunos hasta el punto de

hacerles incurrir en demostraciones odiosas; muchos musulmanes se creían impuros y contagiados por los espíritus malignos con solo tocar el traje de un cristiano; el eco de la campana, propio para convocar á los fieles ó para hacerles medir el tiempo con actos laudables de piedad, lastimaba muy hondamente el oído de algunos mahometanos, les hacía prorumpir en quejas amargas é invocar á su profeta por la conversión de los ilusos que en su creencia seguían un camino de irremisible perdición. Al contrario muchos mozárabes; no bien escuchaban la voz del *muedin* elevado en el *alminar* para advertir el momento de las plegarias prescritas en el Corán, lanzaban imprecaciones idénticas; sus quejas, sin embargo, eran exhaladas en el seno de la más íntima confianza, porque cualquier agravio al nombre y memoria del profeta era castigado por el gobierno con pena terrible. Los cristianos tenían sus fueros y jueces especiales; eran juzgados civilmente con arreglo al código visogodo y nombraban un conde que asistiese en Córdoba al lado del califa y fuese como un alto personero constituido en tutor de los intereses y derechos de los de su linaje.

La más influyente de las razas en la sociedad arábigo-española era la mista ó mestiza, como arriba dijimos, de musulmanes y cristianos; los historiadores árabes llamaban á sus descendientes mulatines, muladis ó mulados, principio y raíz de nuestra palabra *mulato*. El abad Samson los menciona en su *Apologia*; Alvaro Cordovés y el presbítero Leovigildo los refieren también en alguna parte de sus obras con el nombre

de *moslemitas*, diferentes de los *ismaelitas* ó árabes puros; y Ambrosio de Morales, que al ocuparse de las vicisitudes del cristianismo en nuestro suelo tuvo presentes los escritos de aquellos mozárabes ilustres, revela su existencia con alguna mas claridad que ningun otro analista español. La casta muladí obtenia condicion humilde, hija del carácter altanero de las tribus que se proclamaban nobles. Estas, como hemos dicho, conservaban con esmero la tradicion de su linaje y de sus hazañas, rehusaban su enlace con familias de adulterada estirpe y miraban con desprecio á los muslitas porque descendian, aunque mahometanos, de cristianos y judíos ó de mujeres musulmanas que habian aceptado su enlace con renegados. La raza, así desdeñada y mancomunada con los mozárabes en su aversion hacia los árabes, se multiplicó y creció rápidamente por la razon sencilla de que las familias indígenas eran mucho mas numerosas que las árabes domiciliadas en la península. La clase muladí, influyente por su poblacion y por su riqueza, cobró el aliento necesario para granjearse con las armas la independenciam y dignidad que le rehusaban sus altaneros dominadores.

Tal rivalidad provocó el levantamiento y la guerra que inundó de sangre las provincias mas fértiles de España y consumió durante el siglo IX los tesoros y las fuerzas militares de los califas. Esta es la guerra que podemos llamar social, de cuyos accidentes dió el P. Mariana algunos breves detalles, y en cuya ampliacion cometió Mondejar gravísimos errores. Los Muzas y Lopez, musulmanes de religion y godos de linaje, que figu-

ran en nuestras crónicas como hostiles á los reyes de Córdoba, no eran mas que dos caudillos castellanos de raza muladí, erigidos en señores independientes y resueltos á sostener los privilegios y el valimiento de su linaje. Y no fue solo en Toledo, Zaragoza, Valencia, Huesca y Tudela, centros de la rebelion, en donde los ejércitos musulmanes tuvieron que luchar para restablecer el imperio de los califas. Tambien levantaron su enseña los muladis rebeldes á las puertas de Córdoba y pusieron en inminente peligro el trono de los omiades. Ronda, Málaga, Granada y Huescar aceptaron como caudillos á capitanes y aventureros intrépidos, y sostuvieron una independendencia que en vano trataron de quebrantar bizarras legiones por fuerza de armas. Ben Hayyan, el mas prolijo de los analistas árabes, nos refiere los episodios sangrientos de esta lucha; las dos razas, cristianos fieles á su ley y mulatos, peleaban en guerra de esterminio contra el enemigo comun que eran los árabes puros: el fuego comenzó en el reinado de Abderraman II, tomó crecimiento bajo Mohamad I, y llegó á su apogeo en tiempo de Abdala. Este gran capitan mantuvo firme su trono contra los elementos que se conjuraban para perderle, y sino fue sobradamente feliz para terminar la contienda durante su vida, mereció grato recuerdo de la posteridad por haber legado á su muerte una prenda de conciliacion declarando sucesor á su nieto Abderraman III.

Este califa, célebre por su ilustracion, su clemencia y sus hábitos de lujo y esplendidez, era hijo del infante

Mohamad, condenado á muerte por el inexorable Abdala su padre, como uno de los cómplices y agentes mas activos de la rebelion musita. La circunstancia de haber aceptado como esposa á una bella mozárabe llamada María habia comprometido á Mohamad en favor del partido rebelde. Abdala, olvidado de la culpa del hijo, no habia podido sofocar sus afec-ciones domésticas y mitigaba con la crianza del nie-to la pesadumbre de la anterior catástrofe. Asi Ab-derraman recibió bajo los auspicios de su abuelo abuelo una de aquellas educaciones propias para formar ánimos heróicos. Los mas hábiles maestros del Oriente y de la Grecia fueron convocados á Córdoba para diri-gir los estudios del augusto niño y cultivar su talento precoz. Los progresos fueron tan felices como acertados. Las páginas de la historia le dieron á conocer el carác-ter de los monarcas inmortalizados por su valor, su po-lítica y su justicia, y aprendió á seguir su gloriosa sen-da; la gramática le facilitó las reglas de un lenguaje ar-monioso; el cultivo de la poesia le suministró las galas de la imaginacion; los proverbios árabes crearon en su memoria un depósito de sentencias provechosas; por úl-timo, los agentes civiles y militares le descubrieron los resortes de la administracion y las fuentes de la riqueza pública. La elevacion de este modelo de príncipes bastó para desarmar á los grandes partidos que sostenian sus pretensiones exclusivas. Los muladis, que eran los mas altivos, fuertes y pertinaces de la lucha, aceptaron la legitimidad de un príncipe hijo de Mohamad el mártir de su misma causa; los mozárabes recibieron tambien

benévolos á un monarca hijo de una cristiana; y las tribus árabes, partidarias de Abdala, no concibieron recelo ni desconfianza con la elevacion del jóven califa educado bajo la direccion y auspicios de su valiente caudillo. Abderraman, afirmado en el trono por el esfuerzo simultáneo de todos los bandos, terminó con una politica ya de blandura ya de energía los resentimientos, las rivalidades y las discordias. El discreto sultan proclamó que bajo el amparo de su trono ningun partido seria rebajado á condicion humilde, y que estaba decidido á sofocar las facciones con el rigor y á proteger á las razas y tribus pacíficas como un buen padre á sus hijos. Los mozárabes, muslitas y árabes mitigaron sus enconos implacables. Dos campañas afortunadas sofocaron los gérmenes de rebelion alimentados por algunos capitanes indóciles en las montañas de Granada de Aragon y Toledo; y los caudillos que se habian granjeado durante las revueltas alto prestigio é influencia, fueron atraídos sagazmente á la voluptuosa Córdoba, y trocaron la vida azarosa de guerrilleros por hábitos de molicie y de quietud. El reinado de Abderraman, como es sabido, fue el mas próspero de cuantos constituyen la serie de las dinastias arábigo-españolas. Los brazos útiles, distraídos antes en el torbellino de la guerra civil, pudieron aplicarse á las faenas útiles de la agricultura y de la industria, y las tres razas hostiles vivieron como hermanas y gustaron los beneficios de la paz afianzada en recíprocos intereses.

Tan próspera situacion duró el tiempo mismo que el poder y la gloria de los príncipes omiades. La decadencia y

ruina de esta dinastía á principios del siglo XI, volvió á poner en fermentacion los elementos heterogéneos amalgamados por Abderraman. A los tres linajes, árabe, mozárabe ó cristiano y muladí, que eran por decirlo así el núcleo primitivo de la sociedad árabe-española, vino en este tiempo á agregarse y á obrar como principio disolvente otra nueva raza.

Los africanos, absolutos depositarios del poder militar en Córdoba, bajo el débil reinado de Hixen II, convirtieron las armas encomendadas á su lealtad en instrumentos de grandeza y elevacion propia. Las razas antiguas, adversas á la supremacia de los mauritanos, se envolvieron en un caos anárquico precursor de la ruina del imperio musulman: cada provincia ó distrito se erigió en reino independiente; cada capitán ó aventurero osado se proclamaba rey, y atrincherado en un castillo ó en una peña brava desafiaba á sus rivales, les acometía, le rendía vasallaje, se revelaba ó le sacrificaba en páfida asechanza. Desquiciamiento tan general ocasionó al cabo la humillacion de los antiguos linajes y la esclusiva preponderancia de la raza africana.

Este suceso, preparado durante las guerras civiles de Córdoba á principios del siglo XI, no puede llamarse absoluta y cumplidamente realizado hasta la entrada de los almoravides á fines del mismo siglo. Los tronos de los príncipes musulmanes, elevados sobre los despojos de la monarquía omíada, eran demasiado débiles para resistir los ataques cada dia mas vigorosos de las armas católicas. Los mozárabes allanaban el camino á los de su raza y minaban constantemente el ruinoso edificio.

Activos, poseídos siempre de irreconciliable antipatía, prestaban eficaz apoyo á sus correligionarios, les entregaban la llave de las ciudades y trocaban su condicion afflictiva de vencidos en la mas lisonjera y grata de dominadores de sus tiranos. Esta enérgica influencia de los mozárabes, no bien esplicada en nuestros anales, contribuyó eficazmente á ensanchar los límites de Castilla. La gente cristiana revivia entre su misma servidumbre, no solo con elementos de resistencia, sino tambien con espíritu de agresion, y los musulmanes apercibieron entre sus ciegos enconos la existencia de un enemigo doméstico, cuyos intereses les eran eternamente adversos. Las correrías del Cid, los triunfos de Alonso VI, y sobre todo la ocupacion de Toledo, amilanaron á los régulos infieles, les hicieron recapacitar sobre su impotencia y en la dificultad de alejar el peligro con sus gastadas fuerzas pusieron á merced de la raza africana sus territorios y dinastías.

Tal fue la ocasion de abrir á los almoravides la puerta de la España, y tal fue el motivo de la inundacion bárbara que trajo á España innumerables tribus de Marruecos, de Fez y de Zahara. Al tránsito de estas gentes por el estrecho y á su desembarco en las playas de Tarifa puede aplicarse con mas exactitud histórica que á la invasion del tiempo de D. Rodrigo aquella bellisima exclamacion del mas dulce y armonioso de nuestros poetas:

Innumerable cuento
de escuadras juntas veo en un momento

.....
¡Ay! que ya presurosos

suben las largas naves: ¡Ay! que tienden
los brazos vigorosos.
á los remos, y encienden
los mares espumosos por do hienden.

En efecto, Excmo. Sr., el tránsito de los almoravides, acaudillados por Juzef y por sus dos sucesores Ali y Theman, debe considerarse como una trasmigración de las principales tribus africanas al suelo español; un espíritu de ardiente y severo fanatismo, de que eran fieles emblemas las vestiduras y banderas negras de aquellos rudos sectarios, ocasionó en la España árabe la misma novedad que habían realizado antes las tribus germánicas por su esceso de población y por sus instintos aventureros. En vano los campeones de la cristiandad acudieron bajo la enseña de Alonso VI á contener el torrente; la flor de la caballería cruzada pereció en los campos de Cazalla y de Uclés, y los términos de Castilla quedaron espeditos y francos al nuevo linaje de enemigos. La metrópoli de Toledo, conservada por el ánimo heroico de D. Alonso, fue el punto de apoyo y el gran centro de resistencia para recobrar prontamente el terreno que acababa de perderse. Afortunadamente para la raza cristiana los almoravides reducidos por el halago del clima andaluz perdieron su energía, miraron con desprecio las llanuras monotonas de ambas Castillas y se erigieron señores voluptuosos de los territorios de Sevilla, Granada y Valencia. Recobrados los castellanos con esta tregua recobraron sus posesiones perdidas y reiteraron con nueva audacia sus hazañas y su tenaz empeño.

En medio de sus regalos y en en el seno mismo de

los países sometidos á su dominacion distrajo á los almoravides un nuevo y mas peligroso linaje de enemigos. Los mozárabes de Valencia, Murcia y Andalucía conservaban sus ritos y fueros y vivian pasivos en medio de las discordias y guerras civiles de las razas musulmanas. La opresion á que necesariamente estaban condenados entre tales revueltas les hacia esperar ardientemente algun alivio en sus tribulaciones. Alentados con los progresos de sus correligionarios en Castilla y Aragón se decidieron á provocar la guerra y á esponer su vida por obtener la libertad. Era un obstáculo para sus proyectos la situacion deplorable de Castilla: habia muerto á la sazón el heróico D. Alonso: su sucesor, el infante D. Sancho, acababa de perecer en Ucles, y el trono estaba ocupado por doña Urraca, señora inhábil para gobernar los estados propios, é incapaz por lo tanto para conquistar por fuerza los agenos. En cambio reinaba en Aragón D. Alonso I, jóven, esforzado con la vida del campamento, y apercebido para sostener guerra incesante con el moro. Este monarca, llamado por sus proezas el rey batallador, habia aceptado la mano de doña Urraca y tratado así de realizar el proyecto que mas tarde llevaron á término feliz los augustos esposos Fernando é Isabel.

Alentados los mozárabes por la fama del monarca bizarro y por la consideracion de su doble poderío con el reciente enlace, entablaron correspondencias y le propusieron un rápido y glorioso ensanche de sus estados con solo invadir los reinos enemigos y dar impulso á los conatos de emancipacion entre sus moradores cris-

tianos. D. Alonso, distraído con los sinsabores que le acarreó el carácter frívolo de doña Urraca, cuya mano y estados tuvo que repudiar con orgullo, no pudo dar prontamente una respuesta propicia. Los mozárabes, cada día mas oprimidos, reiteraron sus proposiciones en coyuntura mas favorable y revelaron los secretos de su conspiracion y los elementos de triunfo con que contaban. Segun los historiadores árabes, que refieren prolijos detalles de esta conjuracion, los emisarios halagaron sagazmente el ánimo del monarca pintándole la riqueza que podia granjearse en la campaña y la hermosura y regalo de las comarcas, donde le esperaba un felicísimo señorío.

Arrebatado el ánimo heroico de D. Alonso por la grandeza y novedad de la hazaña convocó á sus campeones y escitó el interes de toda la cristiandad. El célebre Gaston de Bearne, D. Pedro, obispo de Zaragoza, recién conquistada, y D. Esteban de Huesca, reforzaron su ejército con buen número de cruzados, y apercebida y exhortada la gente se dió principio á la empresa arremetiendo contra los musulmanes por los confines de Valencia. El monge normando, Orderico Vital, y otros analistas rudos del mismo siglo XII, en que se realizó esta campaña, la mencionan prolijamente como uno de los sucesos mas importantes para el orbe cristiano en aquella época. Esperábase con inquietud el resultado de la jornada aragonesa: si la fortuna le era propicia no solo se terminaba la dominacion odiosa en que gemia muchedumbre de pueblos cristianos, sino que se heria de muerte á la causa musulmana, que como dueña de la

España amenazaba constantemente á la Europa católica.

Los resultados no correspondieron á tan lisonjeras esperanzas, sin que D. Alonso y los suyos dejasen de cumplir por ello como leales y cumplidos campeones. La hueste aragonesa corrió los términos donde la población mozárabe era mas numerosa y contaba con mayores elementos de resistencia. Los campos de Valencia, Denia, Murcia, Granada y Córdoba sintieron el rigor de las armas enemigas. Unos 10,000 mozárabes reforzaron el ejército invasor; pero el proyecto de conquista sólida y estable estaba muy lejos de poderse realizar. Los fieros almoravides al primer amago del peligro aprisionaron como rehenes en asilos inespugnables á cuantas familias mozárabes pudieron haber á las manos, y en vez de aventurarse en batallas campales se mantuvieron al abrigo de sus castillos y ciudades muradas, con la esperanza de que el cansancio, la escasez de víveres, las inclemencias del cielo, y sobre todo la falta de un punto de apoyo que sirviese de base á las operaciones y de foco á la rebelion, bastarian para desvanecer el propósito de sus osados enemigos. En efecto, D. Alonso hizo una larguísima correría, pasando á la vista de fortalezas que no pudo rendir, y vagando de campamento en campamento en busca de un enemigo que no osaba presentarse. En los contornos de Córdoba y Granada mediaron algunas porfiadas escaramuzas; pero estos accidentes no sirvieron para despertar aquellas grandes masas hostiles, sobre cuya eficacia se habian concebido ilusiones. D. Alonso tuvo pues que regresar á sus dominios sin mas resultado que la compañía de un considerable nú-

mero de mozárabes, desenmascarados indiscretamente y espuestos á la dura venganza de sus dominadores ofendidos; 12,000 familias emigraron con el ejército invasor. El monarca, sensible á la afliccion y desventura de tantos infelices sin abrigos ni subsistencias, consultó en Alfaro con los prelados de Pamplona, Huesca y Calahorra sobre el modo de socorrerlos; conforme con el dictámen de los tres prudentes consejeros les repartió terrenos, les concedió privilegios de hidalguía, y promulgó fueros especiales para sus hijos y descendientes: este linaje de mozárabes, según Zurita y Garibay, se conservó largo tiempo en Aragon.

Menos afortunados los que carecieron de ánimo para abandonar sus hogares, ó que se juzgaron al abrigo de la proscripcion por su índole inofensiva, sufrieron dura y miserable suerte. Los almoravides, libres ya del invasor, vengaron su agresion con el esterminio de los mozárabes, y sin distinguir sexos, estados ni condiciones borrarón hasta la memoria de la raza que habia manifestado sus intenciones aviesas. Aben Bolub, cadí célebre en los consejos de los gobernadores andaluces, pasó á Marruecos, donde á la sazón se hallaba el sultan Aly, refirió la conjuracion reciente y el peligro de conservar en el seno del país hispano-musulman enemigos tan irreconciliables. El califa celebró consejo de sábios, y según los autores árabes, con acuerdo de estos *mandó desarraigat la mala simiente*. Sus órdenes se cumplieron con terrible severidad.

Los mozárabes que se habian comprometido ó que despertaban sospechas de traicion fueron muertos con

suplicios acerbos; las demas familias fueron declaradas cautivas y conducidas por tropas berberiscas á los puertos mas cercanos de su domicilio: apiñadas en barcos y lanchas fueron trasportadas á Africa y abandonadas alli á merced de los bárbaros: *ambidos pasaron los mozárabes á Marruecos*, dicen los Anales Toledanos primeros, escritos en la infancia de nuestro idioma por tosca y desconocida pluma de un siglo bárbaro. Algunos proscriptos tuvieron acogida en Sale y Mequinez, donde se extinguieron pobres y vilipendiados; el mayor número feneció de hambre, de las influencias de un nuevo clima, y sobre todo de malestar y pesadumbre. La raza mozárabe acabó así en todo el territorio dominado por los almoravides, y así se explica cómo San Fernando no encontró vestigio alguno suyo al pasear algun tiempo despues sus banderas victoriosas por Andalucía.

Estas son, Excmo. señor, las noticias que me ha sugerido el estudio sobre las vicisitudes de las gentes que han ocupado nuestro territorio en un periodo especial. De las tres razas que hemos visto poderosas, la mozárabe tuvo existencia positiva en Castilla hasta la conquista de Toledo, hizo un esfuerzo para levantarse de su postracion en Andalucía y otros reinos, fue vencida y sucumbió: la muslita ó muladí se confundió mezclada con la árabe y africana; estas obtuvieron refuerzos con las grandes invasiones de los almohades y benimerines, hasta que arrebatadas por vicisitudes y revoluciones que tienen mas contacto con la historia moderna desaparecieron de nuestro suelo y fueron relegadas mas allá de los mares.

Tales son las observaciones sobre el punto histórico elegido para materia de mi discurso. Temeroso de obtener el voto favorable de jueces tan competentes, me apresuro á concluir reiterando las mas cumplidas gracias por la honra que acabo de obtener, y rindiendo mis sinceros homenajes á tan ilustrado y respetable auditorio.

MADRID 22 de octubre de 1847.